

## La amistad

En un camino cerca del pueblo encontré a un muchacho al que lo seguía un pequeño corderillo; lo estuve observando y después de un rato me acerqué a él y le dije,

- Véndeme tu corderillo.
- No, señor, no lo vendo.
- Te doy trescientos pesos.
- No, señor, ya le dije que no lo vendo.
- ¿Por qué no lo quieres vender?
- ¡Porque él es mi amigo!



Al ver alejarse al muchacho con su corderito, volvieron a mi mente recuerdos del pasado que me hicieron sentir mucha tristeza y melancolía.

*Sucedió hace mucho tiempo; empezó con el encuentro de un borreguito, su madre murió dos días después de que él naciera.*

*Yo lo cogí, le llevé a mi casa, con una botella y un dedo de guante improvisé un biberón del que bebió un poco de leche. Después me miró fijamente y cerrando sus ojos se quedó tranquilamente dormido. Parecía confiar en mí. Al verle dormir tranquilamente sonreí, me encontraba satisfecho y me sentí un hombre bueno.*

*El tiempo pasó, y su presencia ya era parte del entorno de la casa.*

*Todas las mañanas me acompañaba al campo, estando siempre muy cerca de mí. Muchas veces cuando regresábamos a casa hablaba con él como si fuera una persona, como si fuera un amigo confidente; muchas veces descargué en él mis penas y mis alegrías; él me observaba fijamente y escuchaba mis palabras muy atento; estoy completamente seguro que me entendía y me comprendía.*

*Pasaron muchos meses y me olvidé de los momentos felices que me brindó desde su llegada. Involuntariamente empecé a ignorarlo y a verlo como algo sin importancia. Un día, olvidando todo el pasado, lo llevé al mercado del pueblo tras ponerle un lazo en el cuello y lo vendí.*

*Ello me hizo sentir un estremecimiento por todo el cuerpo, pero sobre todo en mi conciencia. Un montón de recuerdos se me vinieron a la cabeza, recuerdos de todos los momentos que vivimos juntos desde que era un borreguito pequeño e indefenso.*

Estos recuerdos me hicieron sentir un hombre malo. Había vendido a mi amigo, ese amigo mudo que no necesitaba hablarme, que con su sola presencia aliviaba mi soledad. Me sentí como aquel Judas que por treinta monedas entregó a su amigo. Regresé a casa lleno de tristeza.